

P. ALEJANDRO LOPEZ

NACIÓ el glorioso mártir de Cristo Alejandro Lopez, en la ciudad de Jaca, del reino de Aragon, de nobles padres, y más nobles por sus virtudes y por haber merecido tener un hijo tan esclarecido en santidad y milagros, tan apostólico en su vida, tan fervoroso y constante en defender la fe de Cristo y derramar por Él su sangre.

Su padre se llamó Juan Saenz, y su madre María Lopez: tuvieron oficios muy honrados y de gran autoridad, como convenia á su sangre, y conforme á su piedad criaron á su hijo en santas costumbres.

Diéronle estudio con designio que fuese Sacerdote, dedicado al servicio y culto de Dios perpetuamente, y cuando caminaba con veloz curso en este intento, recibieron cartas de un tío muy rico que tenia en la ciudad de Méjico, en que les pedia con mucha instancia le enviasen á su hijo Alejandro, porque le queria tener á su lado y hacerle heredero de su hacienda.

La instancia fué tal, junta con las obligaciones del parentesco y la promesa que les daba, que no pudiendo resistirla, se rindieron á sus ruegos, y aunque con grande sentimiento, cortaron el hilo á sus estudios y le enviaron á Nueva España, siendo de edad de diez y nueve años, y muchos de seso y buena habilidad en las cosas que trataba.

Llegado á la ciudad de Méjico, fué recibido de su tío con grande gusto, así por el deseo que tenia de verle, como por mirarle tan bien inclinado y de tan despierto ingenio para todo género de negocios, y como él los tenia grandes con el caudal de su mucha hacienda, quisiera que su sobrino se encargara luego de ellos, echándolos sobre sus hombros para tener descanso; pero el virtuoso mancebo rogó á su tío que le diese licencia para proseguir sus estudios á que se inclinaba más que á la mercancia ni á los negocios seglares.

Condescendió el tío con su peticion, por no violentar sus deseos y los de sus padres, que fueron, como dijimos, de que fuese Sacerdote; y, dándole licencia, estudió en Méjico los cuatro años de Artes, en que salió muy aventajado estudiante.

A esta sazón llegó á Méjico D. Juan Nuño de Tavera, que iba por gobernador á las islas Filipinas, y hacia merced á su tío, el cual no queriendo perder tan buena ocasion de hacer una grande ganancia, obligó á nuestro Alejandro á pasar con él y llevar buen caudal de mercaderías y de plata para emplearlos en aquella tierra; pero él que tenia intentos de hacer otros mejores

empleos, abrazó esta ocasion para dejar á su tío con todas sus riquezas, y emplear el caudal de su ingenio en el servicio de Dios y provecho de las almas.

Disimulando, pues, estos intentos, pasó á Manila, y allí hizo los empleos de las mercaderías que llevaba, y ajustada cuenta y razon de todo, remitió á su tío las ganancias con el principal que le habia entregado, diciéndole que se diese por servido y por despedido de su casa, porque le llamaba Dios para otros empleos diferentes en que se habia de ocupar en adelante.

Viéndose, pues, libre de su sujecion de padres y parientes, no se aprovechó, como otros mozos, de la libertad para darse á los vicios del mundo, sino para emplearse todo en el servicio de Dios que, sin entenderlo él, le llevaba por este camino á fines más soberanos.

Lo primero en que puso la mira fué en acabar sus estudios, para lo cual pretendió y alcanzó una colegiatura en el real colegio de S. Joseph, que tiene la Compañía de Jesus en Manila. Allí estuvo cinco años cursando Teología con tanta aplicacion y cuidado, que al fin de este tiempo hizo sus actos lucidamente, y se graduó en Artes y Teología, y deseando aprovechar en otra teología más alta, que es la mística y soberana que mira á la salvacion y al aprovechamiento del alma; se recogió en nuestro colegio de Manila á hacer los ejercicios de S. Ignacio nuestro Padre, en los cuales le comunicó Dios grande luz para conocer la vanidad del mundo, y pisar cuanto él adora, y codiciar solamente los bienes eternos, que son los verdaderos.

En particular le dió un subidísimo aprecio de las almas, que son las preciosas margaritas que vino Cristo á buscar á este mundo, y las compró á precio de su sangre; y considerando que el blanco de la Compañía era emplearse en granjear para el cielo estas perlas preciosas, se resolvió de entrar en ella, con tan firme propósito, que ántes de salir de los ejercicios, hizo votó á Dios nuestro Señor de consagrarse á él en el ara de nuestra religion, y perseverar en ella perpetuamente.

Comunicó su intento con el confesor que le daba los ejercicios, pidiéndole consejo para ponerle en ejecucion: y, habiendo conferido con prudencia y espacio la materia, tomaron resolucion de que se ordenase primero de Sacerdote, y que despues entrase en la Compañía.

Obedeció á su consejo, y ordenóse á 30 de setiembre de 1631 años, teniendo veinte y seis de edad, y cantó su primera Misa en nuestro colegio el dia del glorioso S. Joseph, á quien tomó por Abogado y Patron de sus intentos.

Hubiéranle recibido aquel mismo dia en la religion, sino le impidiera un accidente que le sobrevino, de que fué forzoso curarse por algunos dias: y perseverando en sus deseos, fué recibido en la Compañía el agosto siguien-

dicar en ella á fieles é infieles; y hallándose el colegio imposibilitado por su pobreza á levantar fábrica tan grande, no desmayó su alentado corazón, ántes cobrando ánimo y confianza en la divina Providencia, para cuyo servicio se ordenaba, buscó limosnas, y con más ánimo que hacienda abrió los cimientos y echó los fundamentos de una suntuosa fábrica como para casa de Dios, que debe ser siempre la mejor, y nunca falta á quien no le falta.

Fué su aliento tan crecido, que no se contentó con hacer tan suntuosa iglesia, sino también casa para la vivienda de los religiosos y ministros que atendían á la conversión de aquella gente, dándole Dios posibilidad y limosnas á medida de su confianza.

III

Va con el P. Francisco Marcelo Mastrillo á la mision de Mindanao, y de allí pasa á la de Joló, y lo que en ambas obró.

A la sazón que estaba ocupado nuestro santo mártir Alejandro en tan gloriosos empleos con igual gozo de su alma y edificación de todos, así españoles como isleños y sangleyes, que le miraban como á un apóstol y común padre de la patria, llegó á Manila el santo mártir Marcelo Mastrillo, á quien sanó tan milagrosamente en Nápoles S. Francisco Javier y llevó á Japón á coronarle de martirio.

Como fuese á la sazón Gobernador y Capitan general de aquellas islas don Sebastian Hurtado de Corcuera, y habiendo de hacer jornada á la opulenta y extendida isla de Mindanao, eligió al P. Marcelo para llevarle consigo, esperando de su buena y santa compañía feliz suceso en su jornada; y como no había de ir solo, después de larga oración, puso los ojos en el P. Alejandro Lopez para compañero suyo. Y no sin grande luz del cielo, como lo certificó á los Superiores, á quien dijo que era expresa voluntad de Dios, que fuese con él á la jornada, porque así se lo había dado á entender S. Francisco Javier.

No dejaron de sentir los Superiores apartar de sí tan diestro y fervoroso operario, pero acordándose de la sentencia de S. Francisco de Borja, que aquel es buen misionero que sienten los Superiores darle, y considerando la importancia de la empresa y la instancia del gobernador que lo pedía, codicioso de llevar persona de tales prendas, le señalaron para ir á Mindanao, y luego el obediente Padre, con toda diligencia, dejando cuanto tenía entre manos, se dispuso para la jornada.

Mas con nuevos accidentes que sucedieron, dilató su viaje el gobernador,

y para disponer los ánimos de aquellos bárbaros, fué por su orden delante el P. Alejandro, como precursor, en compañía de un sargento mayor.

Embarcáronse á 14 de setiembre de 1637, y llegaron á 5 de noviembre: fué recibido de los de la Compañía que trabajaban en desmontar aquella selva de vicios como si llegara un ángel del cielo, por la noticia que tenían de su fervoroso espíritu, prometiéndose con su llegada copiosísimo fruto de almas en aquella tierra.

Lo primero que hizo fué aprender la lengua natural, é informarse de la secta que corría de los moros, que había inficionado á los indios y también de sus costumbres, para predicarlos con mayor acierto.

Luégo comenzó á trabajar en convertirlos y alumbrarlos con la luz del santo Evangelio; pero ellos ofuscados con las tinieblas de la infernal secta de Mahoma, cerraban los ojos á la luz y resistían á la doctrina de Cristo que el varón de Dios les predicaba.

Comenzaba la conversión de aquel reino (que tiene 400 leguas y está muy poblado) con buenas esperanzas de hacer gran fruto, cuando le llegó obediencia de pasar al reino de Joló, á instancia del gobernador D. Sebastian Hurtado, que iba con su ejército á sujetar aquel rey, rebelde á la corona de España.

Recibida esta obediencia partió luégo, y se halló con el santo mártir Mastrillo al lado del gobernador en la batalla y victoria, que con tanta gloria de Dios y de las armas españolas consiguió, sujetando á aquel bárbaro. Pero ¿quién podrá contar lo que en esta guerra hizo, pasó y trabajó este siervo de Dios? Iba entre los escuadrones, con una imagen de bulto de S. Francisco Javier, apóstol de la India, en las manos, animando á los españoles y poniendo terror á los mahometanos, los cuales con el odio que tienen á los de la Compañía, como á capitales enemigos de sus abominables ritos, y como era conocido por el hábito y le miraban tan alentado que ponía esfuerzo á los demás, asestaban sus tiros contra él, y llovían balas y saetas adonde estaba. Pero el glorioso Santo que llevaba en la mano, le defendió de todas y recibió en su brazo el Santo una que le iba á dar, como extendiendo la mano sobre el hijo su Padre para que no le hiriese; que así ampara á los que de él se amparan este glorioso Santo.

El buen P. Alejandro, cobrando nuevo aliento con este favor, se lanzaba intrépido en lo más recio de la batalla, no sólo animando á los soldados, sino confesando y absolviendo á los que caían, y curando á los heridos cuanto daba lugar la contradicción de los enemigos, y exhortando á todos á llamar y confiar en el favor de Dios, que es el Señor de los ejércitos y el que da la victoria á quien es servido, como se la dió á los españoles aquel día con muerte de muchos bárbaros.

Sujetado aquel rey que contradecía el Evangelio, tuvo puerta franca en aquel reino, y se predicó la ley de Cristo con grande fruto de las almas. Todo el ejército dió las gracias á Dios por la victoria, y despues de Dios al P. Alejandro, con cuyo aliento la alcanzaron, esforzados con su fervor.

Quedaron los españoles victoriosos en este reino, adonde tenian tres fortalezas distantes una de otra; y queriendo el santo mártir gozar de los despojos de la guerra, no de oro y plata ó preséas de valor, sino de otras mayores riquezas, se quedó en aquella tierra con otro compañero, para predicar á los cristianos y convertir á los infieles.

Fué Providencia divina, porque dió en la isla un contagio como peste de que enfermáron quinientas personas que habia en las fortalezas, y tambien el compañero del Padre, que llegó á lo último de la vida; sólo el fervoroso Alejandro quedó en pié para remedio de todos; y aunque era solo, parecia muchos, dándole Dios espíritu y fuerzas de muchos para curarlos á todos.

Andaba de una en otra fortaleza, curando á los enfermos, confesándolos y sacramentándolos, sin reparar en soles ni en aires, ni en las inclemencias del tiempo; consolaba á los vivos, asistia á los que morian, y enterraba á los muertos, y servia á todos con grandísima caridad: buscábales á costa de infinito trabajo, los regalos que podia alcanzar en aquella inculta selva de bárbaros, consolando y alentando á todos, que como á padre le miraban y recibian, viéndole siempre con una boca de risa, sin descaecer un punto en tantos y tan crecidos trabajos que llevaba con alegría por amor de Dios y por el consuelo de sus prójimos.

Y no paró aquí el ejercicio de su paciencia y el timbre de su caridad; porque Dios le dió otras nuevas ocasiones en que mostrarla.

La primera fué de los joeles, señores de aquella isla, con quien consolando y alentando á todos los españoles despues de haberlos vencido y sujetado, asentaron paces por medio del P. Alejandro, con ventajosas condiciones, y facultad plena de predicar el santo Evangelio, bautizar y levantar iglesias en todas sus tierras.

Mas como viesén el contagio y la mortandad que padecian las tres fortalezas que teniamos en sus tierras; como bárbaros, sin Dios, ni ley, ni término de razon; aprovechándose de la ocasion, tomaron las armas, formaron ejército, rompieron las paces y vinieron con diabólico furor á quitar las vidas á todos los nuestros, á quien el contagio universal habia perdonado, y en especial al P. Alejandro, como á caudillo de todos los cristianos.

No desmayó el siervo de Dios, viendo sobre sí y sobre aquella cristiandad tan repentina calamidad, hallándose sin fuerzas para resistirla; pero donde faltan las humanas, acuden las divinas, y parece que le envió Dios esta oca-

sion para que, como en piedra del toque, ostentase los quilates de su magnanimidad y confianza. Porque, como otro Eliseo cuando se halló cerca de los asirios en la ciudad de Dothan de Samaria, acudió á Dios en la oracion por socorro y remedio contra aquellos bárbaros, que con tan grande orgullo querian ultrajar su nombre, y borrar de sus tierras el de todos los cristianos.

Con ánimo invencible, lleno de fortaleza y confianza, animó á todos los que pudieron tomar armas; y aunque estaban convalecientes y mal sanos, les puso tal esfuerzo y confianza de alcanzar victoria con sus santas palabras, que todos salieron animados á hacer rostro al enemigo.

El buen Padre, como capitán, iba delante del ejército con la imagen de S. Francisco Javier en la mano, apellidando su favor como primer apóstol y Patron de aquella cristiandad: y diósele tan milagroso, que siendo los enemigos tantos y los cristianos tan pocos, flacos, convalecientes y enfermos, alcanzaron victoria de los bárbaros con muerte de muchos, y los demas volvieron las espaldas.

Quedaron tan amedrentados y cobardes, que pidieron paces á los españoles, ofreciéndoles las condiciones que quisiesen, persuadidos que Dios peleaba por ellos, y que defendia de sus flechas al P. Alejandro; porque con el odio que le tenian, y como iba el primero, le tiraron infinitas, y con ser tan diestros y certeros, no le hirió alguna, con admiracion y espanto de los bárbaros; pero tal defensa llevaba en el Santo apóstol de la India, que le guardaba para más glorioso empleo que habia de hacer de su vida en la grande isla de Mindanao, como despues veremos.

Alcanzada esta milagrosa victoria, trató el Padre de aprender la lengua de la tierra, y predicar el santo Evangelio á sus moradores, de los cuales convirtió muchos á nuestra santa fe, que eran los despojos que deseaba.

Otra ocasion le dió nuestro Señor en que hacer alarde de su paciencia y constancia, y fué un gobernador y capitán español que dejó el general en aquellas plazas para que los gobernase y defendiese.

Era hombre áspero, indevoto y enemigo de religiosos y en particular de los de la Compañía de Jesus; con esta mala voluntad le daba en rostro cuanto hacia el P. Alejandro, y obras tan heróicas como las referidas de curar á quinientos enfermos así en el cuerpo como en el alma, á costa de tantos trabajos, y poner su vida en riesgos tan manifiestos de enemigos y contagios, estuvo tan léjos de estimarlas y agradecerlas, que de todo sacaba ponzoña, como las venenosas arañas de las flores saludables, y lo maliciaba y teñia con intencion torcida, echándolo á codicia y ambicion, con malas y afrentosas palabras, contradiciendo á sus intentos y á los trabajos que tomaba para conversion de las almas.

Todo lo cual llevaba el siervo de Dios con admirable paciencia y no menor alegría por amor de Cristo, que recibió oprobios por las buenas obras y males por los milagros, y daba gracias á Dios que le hacia participante de su cruz, y porque no le pagaba en este mundo lo que le servia, que todo le parecia poco para lo que deseaba.

IV

Lo que obró en el reino de Joló y varios casos que le sucedieron.

Costumbre ha sido de Dios nuestro Señor, desde el principio de su Iglesia, confirmar la doctrina de sus predicadores con maravillas y milagros, así para su crédito como para convencer la dureza de los gentiles que resistian á la fe de Cristo. De esta manera se fundó la Iglesia y se propagó por todo el mundo, y en este nuevo de las Indias, en que se ha ido propagando, ha guardado el mismo estilo la Majestad divina, obrando por sus predicadores admirables y milagrosas obras en confirmacion de su doctrina y para convencer á los inieles, que la contradecian, como se verá en lo que sucedió al invicto mártir Alejandro en el reino de Joló.

Acabada felizmente la guerra que dijimos, se dedicó del todo el siervo de Dios á convertir los inieles de aquel reino, inficionados con la pestilencial secta de Mahoma.

Empezó su predicación por el rey y los de su córte; pero como estaban tan casados con la libertad y costumbres viciosísimas, resistieron á la pureza de nuestra santa fe católica obstinadísicamente, por no dejar la multitud de mujeres que les permitia su secta y los demas vicios abominables en que estaban sumidos. Por esto, hallando la puerta tan cerrada en estos corazones de diamantes, convirtió su predicacion á la gente más humilde, la cual, como más pobre, carece más de vicios y está más dispuesta para recibir la doctrina de nuestra santa religion.

Sucedióle lo que al padre de familias del Evangelio, que habiendo convidado á su cena á la gente de más porte y excusándose de venir á ella, llamó á los pobres y mendigos, los cuales vinieron sin excusarse á toda diligencia, y lograron su convite. Lo mismo le sucedió al P. Alejandro en esta tierra, porque habiéndose excusado los reyes y señores principales de recibir la fe de Cristo, convidó con ella á los pobres y mendigos, los cuales la recibieron con grande usura de sus almas, como gente más libre de las recias cadenas de los vicios, que traen ordinariamente las riquezas y señoríos.

La primera que recibió el santo bautismo fué una pobre india enferma, y

más para la otra vida que para esta; catequizóla el bendito Padre cuanto dió lugar la enfermedad que padecia, y hallándola suficiente para recibir el bautismo, se le dió con igual consuelo de ambos; del Padre, por ver logrado su trabajo y la sangre de Cristo en ella; y de la india, por verse hija de la Iglesia y heredera de la bienaventuranza, adonde caminaba á tan acelerados pasos que dentro de dos dias acabó su camino.

Fueron luégo á dar cuenta de su muerte al P. Alejandro, que estaba en la fortaleza; él la dió al capitan, y ambos concertaron de hacerle un solemnísimos entierro, con toda la pompa posible, para que viesen los moros y gentiles la honra que hacian á una pobre india despreciada de todos, por haber recibido la fe de Cristo.

Para juntar las milicias y convocarlos á todos, fué forzoso dilatar el entierro á otro dia, ordenándolo así Dios para mayor ostentacion de sus maravillas. Concurrió al entierro grande suma de gente, así españoles como isleños, y habiendo estado difunta una noche y un dia, y teniéndola en las andas amortajada para llevarla á enterrar, de repente se movió y rompió la mortaja y ataduras que tenia, y se sentó en las andas mirando á todos con ojos risueños y muestras de alegría.

Los presentes quedaron atónitos y espantados de tal cosa en su tierra nunca vista, y á no detenerlos el Padre, se pusieran en huida. La india resucitada los habló con buenas palabras, con que mitigaron el temor y les detuvo la curiosidad y el deseo de saber lo que le habia sucedido, y reconociendo el P. Alejandro que no habia sido acaso su resurreccion sino por orden divina, le mandó que en presencia de todos dijese lo que le habia sucedido, y quién y á qué la habia resucitado. La india obedeció luego y respondió de esta manera:

«Al punto que mi alma salió de mi cuerpo, me tomaron en palmas unos niños blancos como españoles, que tenian alas, y me llevaron á la presencia de una Señora española en la blancura y hermosura, la cual estaba sentada en un trono de majestad, cubierto con un pabellon de luz, y en su compañía muchas mujeres españolas de grande resplandor y hermosura que la servian; y todas tenian cruces en las frentes, que les agraciaban mucho. Yo holgué mucho de verlas, y no quisiera perderlas jamas de vista; mas aquella Señora me preguntó si era cristiana, yo respondí que sí, porque el P. Alejandro me habia bautizado dos dias ántes de morirme. «Dichosa tú, dijo entónces, que diste crédito á sus palabras y recibiste el santo Bautismo, con que podrás venir al cielo; mira á los que están en él, que ninguno es moro ni gentil, sino todos cristianos, y en señal de esto traen las cruces en las frentes, porque ninguno puede entrar acá que no lo sea; vuelve allá y di esto á todos, y que